

Villafranca en la distancia

Por Antonio Pereira

Desde mi niñez soy dado a impresionarme por la anécdota, antes que por la teoría sustancial, y así prefiero explicarme las cosas por los hombres que las rodean. A Villafranca la entiendo, desde niño, como una madura fruta que los villafranquinos lejanos codician, llenos de sed, sobre todo cuando llega septiembre, plenitud del año: transparencia de los días, regalo de las cosechas.

Mi padre me contaba que Montesión vino una vez desde muy lejos con el tiempo justo para alcanzar la salida de los gigantes. El tren perdió el empalme de Toral de los Vados, y don Demetrio no supo esperar una próxima solución, sino que, por tierras del antiguo Bérquidum, por el Pontarrón, se lanzó dos o tres leguas camino de Villafranca. Así llegó por un tris a ver el primer globo, echado, es casi seguro, por mi tío "Tanarro". Don Deme venía de alguna capital europea que en este momento no recuerdo, y que tampoco hace al caso; de una ciudad, desde luego que a mí se me figuraba lejana y legendaria, puesto que incluso aparecía dibujada en mi pequeña Geografía de la escuela. Yo no pude explicarme, de pronto, una tan imperiosa necesidad de alcanzar un pueblo no muy grande, como es el nuestro. Pero poco a poco aprendí a conocer y a sentir a Villafranca en la distancia. Hoy, definitivamente me parece que es la posición más ventajosa para una interpretación acendrada de nuestra villa natal.

El mundo se hace cada día más pequeño, los kilómetros no cuentan. Sin embargo, basta que uno se aleje para sentir que ciertos hilos invisibles y maravillosos van estirándose desde el corazón de nuestro Bierzo hasta donde palpita el corazón de un berciano.

Cuando estamos en nuestro solar, no sabemos gozar, a causa de la rutina privilegio de nuestra geografía. Somos perezosos e indolentes para nuestras cosas. En cambio, cuando Villafranca es solo como una jugosa fruta que dulcemente saborea el pensamiento, uno no comprende cómo es posible levantarse cada día sin dar gracias a Dios por la luz que delicadamente ilumina un valle deleitoso, por las montañas, por dos ríos cristalinos que juntan aguas bajo la gracia de un huerto monjil, por los pedregales, por las riquezas espirituales y materiales que Él nos ha regalado.

Que lo oigan, no los villafranquinos que tienen la suerte de poseer

cotidianamente nuestra villa, sino los que apresuradamente corren hacia ella en estos días, sintiendo en el alma, aunque estén a miles de kilómetros, el voltear de las campanas de San Nicolás, el estampido de las "bombas de gran palenque" -¡oh, deliciosos tópicos del siempre igual programa de fiestas! -« el "trun purrun pun trun» que mueve en sus danzas a los gigantes y cabezudos.

Porque pocas ciudades, yo estoy seguro, cuentan con más hilos en la distancia, muchos en el número, buenos en la calidad. Gentes sencillas y humildes que ganan su vida en cualquier punto de España, de América, de países de Europa. Poetas y pintores. Clérigos. Próceres que guardan en su sangre la herencia de viejos nombres y de antiguas glorias... Villafranca, Villafranca, bien entendida cuando se piensa en su generosa fecundidad, bien admirable cuando se justifica su dulce extenuamiento de madre.

Pienso hoy en sus "hijos pródigos" que si acaso la olvidan momentáneamente bajo el esplendor y el bullicio de las grandes urbes, vuelven en septiembre, más encendidos de bercianismo. Para ellos es lo mejor de las fiestas, porque los otros, los que diariamente viven y la disfrutan, tienen a lo largo del año la fiesta total de sus encantos.